



PERSPECTIVA

PATRIMONIO EN LA CIUDAD: EL DURO OFICIO DE SOBREVIVIR

Ya en 1881, en el curso de una conferencia intitulada “Los proyectos de arquitectura en civilización”, William Morris anticipaba: *“La arquitectura significa tomar en consideración todo el entorno físico que rodea la vida humana: no podemos sustraernos de ello, tanto que conformamos parte de la civilización, porque la arquitectura es el conjunto de modificaciones y variaciones introducidas sobre la superficie terrestre para responder a las necesidades humanas, con la sola excepción del desierto”*. Después añadía: *“Corresponde a cada uno de nosotros supervigilar y mantener el justo orden del paisaje terrestre, con el espíritu y con las manos, en todo lo que nos concierne”*¹.

ANTONIO SAHADY VILLANUEVA

Arquitecto, Doctor en Arquitectura,
Profesor titular de la Facultad de
Arquitectura y Urbanismo,
Universidad de Chile.

Sin embargo, la aspiración de Morris difícilmente se puede materializar si se toma en cuenta que los ciudadanos –cada uno en su universo pequeño– está crecientemente sofocado por sus propios problemas.

A menudo asistimos al gradual cambio de destino de ciertos edificios o conjuntos arquitectónicos, abarcando, incluso, barrios completos. Si bien se trata de modificaciones paulatinas, son la respuesta a la irrefrenable dinámica urbana. Al menos, esa explicación ayuda a justificar unos cuantos errores.

Según se va modificando, el uso del suelo altera la imagen y la escala de un lugar. A las demoliciones suceden las construcciones de nuevas plantas, con períodos intermedios de extensión variable durante los cuales la ciudad expone sus desafortunadas y mórbidas caries.

En la mayoría de las ciudades chilenas –Santiago con mayor razón–, la trama urbana se ha ido despedazando con alarmante celeridad. Por ser tardía, la defensa siempre resulta estéril. La dificultad de demostrar los atributos arquitectónicos de un edificio no alcanzan recompensa, toda vez que la morosidad de un análisis crítico es contrarrestado brutalmente por la presteza con que entran en acción las piquetas y los *bulldozer*.

En países supeditados a la globalización, como el nuestro, donde se prefiere adoptar modelos foráneos antes que permitir que la tradición cultural evolucione y alcance su madurez, las huellas de identidad van poco a poco desvaneciéndose para dar paso a una imagen neutra y descomprometida con la historia.

La pérdida progresiva del patrimonio arquitectónico se explica, además, por otros factores igualmente perniciosos: la mal aprovechada capacidad de las áreas residenciales para albergar las nuevas familias que produce la explosión demográfica; el anárquico e irracional crecimiento de las ciudades, desconociendo el valor de las tierras con potencial agrícola; la desmedida contaminación del ambiente; la desorientación ocupacional de una buena parte de los ciudadanos. ¿Y qué decir de la aceptación, por parte de las autoridades, de algunos

1

Muñoz Cosme, Alberto (2008). El proyecto de arquitectura. Concepto, proceso y representación. *Estudios Universitarios de Arquitectura*, 16. Barcelona: Reverté, p. 18.



proyectos que desintegran el tejido urbano, en nombre de la plusvalía y la rentabilidad?

Siendo un problema común a las principales ciudades del país, por sus grandes dimensiones y el alto nivel de dispersión, Santiago es el más representativo de los casos. Hasta mediados del siglo XX la altura de su edificación y la densidad eran la sabia respuesta a un crecimiento vegetativo controlado y paulatino. Las limitaciones tecnológicas y el instintivo respeto que se guardaba a la arquitectura tradicional morigeraba cualquier arresto de audacia que incubaran los creadores de entonces. La uniformidad figurativa, producto de materiales y sistemas constructivos de uso común, sumada a un tácito acuerdo cromático de muros y cubiertas, constituían una eficaz ordenanza para generar arquitectura armónica. Se cautelaba, de un modo natural, la imagen de la ciudad y el aporte de las sucesivas generaciones. Hasta entonces, el tiempo –crítico despiadado y testigo insobornable– iba depurando todo lo caprichoso, accesorio e inadaptado, aceptando solo aquello que tenía auténtica razón de ser.

Pero la vocación residencial de algunos barrios se ha ido desvaneciendo, conforme se produce el éxodo progresivo de

los habitantes que la presión inmobiliaria desplaza hacia la periferia. Hay, en este fenómeno, una inevitable merma de la identidad del lugar.

No cabe ya afrontar el problema de la protección del patrimonio arquitectónico de un modo tradicional, esto es, tratando de valorizar edificios aislados y actuando desde parcelas estancas. Recordando a Morris, a cada hombre corresponde una buena dosis de responsabilidad: al especialista, desde la óptica de su disciplina; al político, desde su trinchera institucional, embebida de los problemas sociales y económicos; al ciudadano común, destinatario último de los inmuebles, desde su universo cotidiano. Cualquier intervención en un inmueble o conjunto edilicio tiene, inevitablemente, su efecto multiplicador en la ciudad. ■

